

cauciones no evitaron la insurrección. Después de muerto Fernando VII, el 29 de setiembre de 1833, se sublevó el 3 de octubre la villa de Talavera, situada a cien kilómetros de Madrid, a favor de Don Carlos; y el 4 del mismo mes, Bilbao, proclamando al mismo Don Carlos, Carlos V de España.

Tal fue el principio de una guerra civil que habría de durar siete años, pues todavía en 1840 luchaban encarnizadamente los carlistas contra los cristinos, leales a la Regente María Cristina y a la Infanta Doña Isabel.

La insurrección, que había estallado simultáneamente en el centro de España, cerca de la capital, y en la provincia vasca, contaba entre los adeptos a Don Carlos, con los Grandes de España, casi todo el clero, algunos oficiales y funcionarios y la mayor parte de la nación, además de los montañeses de Navarra y Vizcaya, federalistas por tradición, dispuestos siempre a rebelarse contra la autoridad de Madrid, y que defendían celosamente sus fueros que les conferían los privilegios de la autonomía.

María Cristina, en cambio, sólo contaba con las ciudades de importancia y la mayoría de oficiales y funcionarios, y para hacer frente a los carlistas tuvo que buscar el apoyo de los liberales, sobre todo de aquellos que se oponían al poder absoluto y a la preponderancia de la Iglesia, en política. Le favorecía ser la representante del